

PREGON

SEMANA SANTA
MEDINA DE RIOSECO

1995



PREGON DE
SEMANA SANTA
MEDINA DE RIOSECO
1995

Manuel Fuentes Hernández

PROCLAMA

En el nombre de Dios y de Santa María y del Apóstol bienaventurado Señor Santiago, para que sea conocido.

Sepan cuantos hombres y mujeres de Medina de Rioseco y las que se encuentran en camino que esta PROCLAMA vieren y oyeren, que a las ocho y media de la tarde de hoy 8 de abril del año de gracia de 1995, vigésimo que reina nuestro Muy Noble y Honrado Señor JUAN CARLOS I; EL REY, ante la imagen de Nuestro Santo Padre el Cristo de la Clemencia, por orden de la VARA MAYOR, en presencia de autoridades, mayordomos, cofradías penitenciales y pueblo fiel. Congregado en la Iglesia conventual de Santo Domingo, pronunciará el pregón de nuestra Semana Santa el Excmo. Señor Don MANUEL FUENTES HERNANDEZ, Procurador en Cortes por la provincia de Valladolid. Asesor del gabinete de presidencia de la Junta de Castilla y León.

Que la voz del pueblo en lengua cervantina lo airee y pregone por rúas, solanas y corrillos a toque de pardal y redoble de tapetanes.

QUE ASI SE HAGA Y ASI SE CUMPLA

El Notario de las cofradías lo hizo escribir por mandato del Sr. Presidente Don Alberto Castrillo González y dio testimonio de ello poniendo su signo y sello.



PRESENTACION

Con licencia del Rvdo. Párroco de Santa María y Santiago, Don Gabriel Pellitero Fernández.

Muy Ilustre Sr. Alcalde de esta Ciudad, Consejeros del Común, Excelentísimas Autoridades, Cofradías y Hermandades de penitencia y pasión, hermanos Mayores, mujeres y hombres del solar: Amigos todos.

Son especialmente los días de la Semana de Pasión de recogimiento y meditación. Rioseco se dispone a escenificar los pasajes de la Pasión, Muerte y Resurrección del Salvador. Cuenta con fervor popular y antiguos e importantes grupos escultóricos, lo que unido a la monumentalidad de sus templos, son claros e inequívocos signos de la fe de nuestros antepasados.

Para hablar de tan singular riqueza artístico-religiosa, viene hoy un ilustre riosecano: Don MANUEL FUENTES HERNANDEZ, nacido en el seno de ejemplar familia, desde muy joven alternó su actividad comercial con importantes cargos públicos. Fue alcalde de esta Ciudad desde los años de 1971 al 1982. Diputado Provincial donde presidió numerosas comisiones de trabajo. Fue Presidente de la Caja de Ahorros Provincial, defendiendo desde este cargo la idea de una nueva configuración de Cajas de Ahorro a nivel regional. Promueve la creación del Museo de Orfebrería y Marfiles de la Iglesia de Santa María. Procurador en Cortes por la provincia de Valladolid, es asesor del Gabinete de Presidencia de la Junta de Castilla y León. Está en posesión de diversas condecoraciones de las que destacamos la Medalla de Oro de la Ciudad de Medina de Rioseco y la Cruz al Mérito Civil concedida en 1981 por S. M. el Rey. Como riosecano, es cofrade; pertenece a la Hermandad del Descendimiento y por tanto conocedor de nuestras costumbres.

Desde siempre Don Manuel o Manolo si así cariñosamente lo prefiere, los pregones de Semana Santa han calado hondo en los corazones riosecanos, dejando a la vez profundas huellas de nuestras ilusiones.

Le agradezco en nombre de la Junta el que aceptase la responsabilidad de nuestra propuesta como Pregonero 1995. Ahora, ocupe este atril, nos cante las excelencias y hermosuras, nos cuente de las singularidades de este Pueblo, nos hable de sus costumbres, nos diga, en definitiva, lo que todos estamos deseando escuchar de la incomparable Semana Santa riosecana.

ALBERTO CASTRILLO GONZALEZ
Presidente de la Junta



PREGON DE SEMANA SANTA MEDINA DE RIOSECO - 1995

Emocionadísimo al escuchar el toque del «pardal» y el redoble de los tapetanes, y tras atender a las palabras de presentación de nuestro presidente, generosísimas sobre mi persona, es para mí un honor, gracias a vuestra unánime elección, ocupar este lugar hoy con la misión de transmitir, en estos momentos previos a las celebraciones de la Semana Santa, unos sentimientos e impresiones que se grabaron en mi corazón desde niño y que se acrecentaron con el paso del tiempo. Unos sentimientos e impresiones que se acuñaron de forma natural, sin el sentido de grandes trascendencias; que se adueñaron de mí como algo que no era ajeno a la vida misma, y que formaron parte del día a día de nuestro pueblo, aunque se manifiesten en ciertas épocas con mayor intensidad y pasen a distinto plano en otros meses del año. Los sentimientos, en definitiva, de alguien a quien siempre sorprendieron e incluso emocionaron las descripciones grandilocuentes y hasta espectaculares, pero que en la intimidad nunca o poco se identificó con ellas.

Comienzan mis impresiones sobre estas celebraciones en la misma base, como las de cualquier niño de esta querida Ciudad de aquella época: estando pendiente nada más pasar la Navidad de las primeras actividades que se van reflejando en la convocatoria de reuniones de las cofradías, que comienzan a trascender en la calle. La fiesta de Candelas es una fecha muy característica, en la que las hermandades comienzan a poner a punto todo lo necesario para afrontar con normalidad las celebraciones: repaso de gestiones, dación de cuentas, información sobre las necesidades más urgentes, designación de los mayordomos... Y todo realizado con normalidad, de forma familiar, sencilla pero profunda... Las mujeres, pendientes de las túnicas; los hombres, de las horquillas, los faroles... En una palabra, de tener todo dispuesto para cumplir con el compromiso.

Las vivencias de mi infancia, que cimentan los primeros «pasos» —nunca mejor dicho— que dábamos desde pequeños, están unidas al marco conocido por todos nosotros de estas calles y plazas por las que grupos de chicos y chicas convivíamos con más intimidad, lo que en mi caso se desarrollaba en los ambientes de la Calle Mayor, Corro de Santa María, Santa Cruz... Allí, y para conmemorar a nuestro estilo lo que veíamos hacer a los mayores, con cuatro palos y tablas confeccionábamos nuestros singulares tableros y pasos propios, improvisando los talleres de construcción o restauración de los del año anterior en la «leonera de los hermanos Amigo» o en las trastiendas del comercio de Fuentes. Y una vez compuestos en lo material, teníamos que hacer frente en lo humano a seleccionar o ser seleccionados por los hermanos mayores, bien como cargadores o como tallas vivientes, expuestos así a toda clase de incidentes en la peripecia de mantener con cierta dignidad la imagen que pretendieran que representásemos. Naturalmente, el recorrido a establecer debía contar con las dificultades propias que nosotros veíamos superar año a año a aquellos que pretendíamos imitar, e incluso poder demostrar las capacidades de subir y bajar los pasos a pulso, encontrando lugares propicios para ello, como para nosotros eran las casas ruinosas, mostrando las habilidades en algunos casos de mantenerse sobre el tablero sin saltar por los aires o recibir un coscorrón en el dintel de cualquier puerta. En estas edades, comenzaron a ser para nosotros completamente familiares todas las interpretaciones musicales de nuestra Banda Municipal —dirigida por Morros o Magdaleno— que eran propias de estas conmemoraciones. Ya eran algo nuestro los nombres de «el pardal», «el tapetán», «el muñidor», «los mayordomos», «la vara», «el banderín», «la hermandad», «el cadena», «los palos», «el encerrado», «el eje», «la horquilla», «los tacos», «las argollas», «el oído», «la rodillada», «el paso», «la tallación», «el pulso», «la sangría»...

Sensaciones de otro nivel en la etapa de juventud, que te acercan y te integran con fuerza en el sentido humano de estas celebraciones, son aquellas que vas recibiendo en tu casa o en la calle, del esfuerzo, de la dedicación desinteresada, de la entrega sin regateos de los cofrades, de los hermanos que te hacen desde pequeño admirar y que uno contempla desde la ventana de la casa de un amigo, enfrente de la Iglesia de Santiago, el Jueves Santo; en el atrio de Santa Cruz por la mañana del Viernes. Asomados por la tarde con dificultad, si llegábamos pronto, en las galerías del Casino, o en los soportales del Corro de Santa María si la suerte no te acompañaba; y para verlos desfilar, agarrado a los barrotes del balcón de tu casa, protegido por los mayores, sin moverte y en silencio a fin de no molestar a propios ni a forasteros. Mezclado con estos recuerdos y el de tantos niños y jóvenes, permanece en mí la impresión inolvidable del año en que fue posible desfilar el Domingo de Ramos junto al «Paso de la Borriquilla».

Este itinerario personal desde la infancia a la juventud es común a cientos y cientos de riosecanos, con ligerísimas variantes de lugares, de mundos y de amigos de los que estáis aquí hoy, participando conmigo de este Pregón, y de otros muchos que, dentro de unos días, se acercarán a estar con nosotros, precisamente para, en su mundo interior, y gracias al recuerdo, hacerse cada año un poco niños. Con este motivo, y gracias a estas circunstancias, todos nos esforzamos en transmitir con fidelidad lo que es parte importante de nuestras vidas como riosecanos, e intensificamos nuestra ilusión para tratar de hacer partícipes a los visitantes o los forasteros de las que son nuestras vivencias. Nos transformamos, así, en guías improvisados, en pregoneros de la calle que quieren transmitir las «claves para entender» lo que nos motiva a todos esencialmente como pueblo, y con relación a nuestra Semana Santa particular.

Un recuerdo clave en mi vida de mi primera cooperación «trascendente» a la difusión de nuestra Semana Santa fue tener que atender, guiar y acompañar por todo Rioseco a dos actualmente prestigiosos periodistas —Fernández Areal y Vidal Cuadras— y entonces jóvenes principiantes, para que pudieran elaborar unas páginas dedicadas a la Semana Santa de Medina de Rioseco en el Diario Regional. De aquellas páginas, me impresionan más que las magníficas colaboraciones de importantes escritores los testimonios inolvidables «Sobre el Descendimiento» de mi tío Luis Hernández, de «El Cristo de la Paz» de Emilio Morán, de «La Dolorosa» de Eustodio García, de «El Nazareno de Santiago» de Miguel de la Iglesia... Todos ellos cuentan las peculiaridades de sus cofradías, de cómo todos «son herederos de los antiguos hermanos, y sus padres, sus abuelos y sus bisabuelos fueron hermanos de estas recias y tradicionales cofradías»; de cómo una cofradía naciente —el Cristo de la Paz—, con su esfuerzo y entusiasmo habían logrado que, en cinco años, tuviera ya casi cien hermanos; o de cómo «La Dolorosa acentúa la devoción popular, con especial incidencia en las mujeres»; o, como dice Miguel, el cartero jubilado, que la característica «especial de su paso es que somos una congrega, o sea, que damos socorro a los hermanos enfermos». Semana Santa de la Sencillez, decía este periódico en marzo de 1956, relatada por hombres sencillos entrevistados en sus trabajos, en sus casas, en su intimidad y que, como lo más natural, hablan de la belleza en madera de sus pasos, porque están acostumbrados a verlos todos los días, pero que saben valorarlos afectivamente con el cariño que se profesa a un padre o a una madre. A esa edad tan temprana, escuchando estos testimonios, uno siente que tiene que participar, que no es posible seguir siendo espectador, que es preciso integrarse para cooperar como los demás a hacer posible esta Semana Santa riosecana que todos consideramos parte de nuestra vida, nacida y mantenida por la voluntad popular; esencia de nuestras creencias, nuestras tradiciones, nuestras libertades; espejo en el que se refleja, con el pasar

de los años, lo accidental, pero que permanece intacta en lo esencial, como tradición popular, enraizada en la vida del pueblo, y que tiene una intensidad vital en lo religioso, mucho más intensa de lo que a veces con superficialidad es tratada por todos aquellos que intelectualizan la fe y quieren encerrarla en modelos rígidos.

De aquellos años pasados, vivísimos en mi mente y hoy nuevamente renovados, mantengo la carga de emoción, de autenticidad, de sinceridad como marca imperecedera en lo esencial, quedando en tono menor lo atractivo, artístico o puramente estético.

En palabras de Don Miguel de Unamuno,

«Era aquella procesión de antaño. El anciano cree ver lo que vio de niño, y el niño, aun sin darse de ello cuenta, espera ver la misma, cuando llegue a anciano, si llega... Y no ha pasado más; pasan los pasos.»

Esos pasos de infancia y juventud que te llevan al compromiso y te impulsan a la integración en algunas de las hermandades —en mis circunstancias por tradición, pero libremente y sin condicionantes—, dan paso a un compromiso de incorporación a El Descendimiento o La Escalera, que es como la conocemos popularmente, en unas dependencias cargadas de solemnidad y de una enorme sencillez. Cualquier lugar era bueno para celebrar las reuniones de hermandad, en paneras de algún hermano, en salas amplias de alguna casa de directivo... En aquellos años, nuestra hermandad tenía como sede de reunión —y lo recuerdo como si fuera hoy— una sala de almacén de la Fundición de Morán, acondicionada con esmero y cariño para la ocasión, precisamente por los padres de nuestro presidente de la Junta de Semana Santa, Alberto Castrillo. Con todos los ritos propios de la ocasión y con otros compañeros, tuvo lugar la aceptación de la petición, y en mi condición de hijo de hermano pasé a pertenecer a mi querida hermandad a propuesta de mis tíos Luis, José M.^a y Toroni también hermanos. Años de dificultad material que se suplía con entrega, ilusión y desprendimiento, y que sellan para mí una época de limpia autenticidad. Años de reconstrucción en lo material y en lo humano, de serenidad recobrada en la convivencia, en los que, con una configuración social más plural, empezaba a superarse la estamentación en gremios y familias de nuestras hermandades, y donde sin duda ya comenzaba a ser un tópico, cantado miméticamente hasta nuestros días, la figura en exclusiva del labriego, del cargador. Se estaba comenzando a afianzar de forma definitiva una profunda transformación en lo humano. Es en ese clima y en ese ambiente cuando comienza y se instituye en nuestra Ciudad el Pregón de Semana Santa, con el propósito —según

se decía por la primera autoridad civil local— de dar una nueva norma a nuestras fiestas religiosas, lo cual se proclama, naturalmente, sin cuestionamientos por parte de nadie y con la aceptación total de instituciones y cofradías.

Las hermandades y cofradías, pluralmente, son sin darse cuenta el mejor fermento de base. La parte externa, muy respetable, no lo es todo, y ellos lo saben. En estas épocas comienzan a impulsar estas celebraciones los grandes medios de comunicación social; empiezan a ser, de forma incipiente, atractivo de masas turísticas que quieren imponer aditamentos y que pueden incorporar motivaciones estrictamente humanas y provocar la emulación, la vanidad y la ostentación en lo que es manifestación peculiar de cada cofradía o colectiva en cada procesión. Estamos en unos años en que la importancia de la difusión comienza a romper los moldes comarcales y locales de nuestras celebraciones, llegando a influenciar lo externo sobre lo interno de forma notable; nuestros visitantes llegan cada vez más e impulsan y tratan de imponer nuevos comportamientos, comenzando a manifestarse tensiones sobre lo que es esencial y lo que es accidental en nuestras celebraciones, y sobre aquello que se venía haciendo como «natural y que es necesario urgentemente cambiar o renovar». Comienza así a ponerse de manifiesto la necesidad de tener respuestas propias para todos estos interrogantes que en algunos casos nos inquietan sobremanera.

Este contexto histórico, siempre permanente durante años y sin apenas alteraciones, es sacudido por un acontecimiento singularísimo: la retransmisión en directo, por primera vez en su historia, a través de TVE; acontecimiento que ocasiona una gran convulsión emocional y pone a debate la gran cuestión de ese año, 1968. ¿De lo litúrgico, lo folklórico o turístico, la realidad o lo televisivo? Nos presentan por primera vez «en directo» a toda España. En aquella época, la pequeña pantalla estimula nuevos comportamientos e impulsa con estas celebraciones el deseo de viajar para conocer nuestros desfiles procesionales, hasta ahora desconocidos para el gran público: millones de telespectadores. Estamos en una época en que esa pequeña pantalla monopolizaba en directo todas las horas importantes de Jueves y Viernes Santo. Es entonces cuando empiezan a cuestionarse con fuerza estas celebraciones, y llegan a surgir voces que plantean si no va siendo hora incluso de suprimir aquello que ya no tiene razón de ser dentro de una vivencia cristiana postconciliar, de la celebración de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo. Se teme que estas tradiciones populares se puedan envilecer a la sombra de un turismo fácil, y comienza en improvisada reflexión una especie de caza o busca de responsables. ¡Cómo se estaban complicando, innecesariamente, las celebraciones de Semana Santa! Y, con seria

preocupación, aquellos que teníamos en aquellas épocas puestos de responsabilidad nos preguntábamos cómo podría afectar a nuestro pueblo de Medina de Rioseco esta situación.

Años de inquietud y preocupación que a uno le toca vivir con singular responsabilidad —primero como concejal y después como alcalde de esta queridísima Ciudad— y a cuya resolución traté de cooperar con el cariño de un riosecano que es consciente de estar ante un acontecimiento singular en la vida de nuestro pueblo. Es, sin duda, la creación mayor de este pueblo nuestro, el nudo de todos sus impulsos naturales y sobrenaturales, que aglutina todas sus identidades y junta hasta lo divino con lo humano. Tanto es así que la Semana Santa, en los términos que recogemos el testigo, es la verdadera «fiesta del pueblo», tomadas estas palabras en su sentido más noble. Sin embargo, es la Semana Santa popular en todas sus dimensiones: popular porque junta y acerca, en lugar de dividir, y popular porque el pueblo es su cuerpo y su alma. La Semana Santa es la confluencia descompensada de un movimiento de espiritualidad y de un movimiento de sensibilidad, puesto en marcha hace siglos con anuencia, complacencia e impulso de la misma Iglesia; una verdadera para-liturgia pasional que habla al pueblo directamente en la calle.

Estamos, pues, en unos años claves en la historia reciente para el futuro de unas celebraciones que son creación del pueblo; de un pueblo que las quiere y las necesita. Hay que constatar la entrega y la ilusión con que ese pueblo en masa en estas fechas se lanza, en las horas de cada tarde de procesión, por sus calles y plazas, para «dejarse sorprender», una vez más, en ese preferido momento o lugar, en ese encuentro de calle, plaza o soportal, que en realidad no tiene nada de sorpresa porque es esperado durante todo el año.

Es el momento del fortalecimiento de las cofradías, de las cuales, al repasar su historia, encontramos baches y lagunas, en relación muy directa con la época en que se produjeron. ¿Nos encontramos ante uno de esos períodos? La respuesta era afirmativa. Había que pararse y empezar o reestructurar de nuevo. Porque a lo mejor seguíamos la rutina de un tiempo pasado, ceñido esencialmente a lo festivo y a lo que es apariencia y organización, pero se nos había ido perdiendo lo que en su día fuera esencia y fuerza interior, capaz de dar vida a toda manifestación externa y múltiple. Y la procesión, o es una manifestación profunda de una fe que se siente, o no es nada, y se viene abajo en cuanto surgen las primeras dificultades de orden humano. «Pienso más —decía en estos años un paisano nuestro, arzobispo de Barcelona— en la santidad de esta semana, que en la Semana Santa en cuanto tal; en Jesucristo que en sus imágenes sublimes. Me vence

el Evangelio. Y nada hago por mi parte, porque no puedo hacerlo, para encontrar recursos en mi alma capaces de ofrecer resistencia a la fuerza arrolladora que hasta mí llega desde mis páginas sagradas. El arte, la piedad y los hombres; las calles y plazas; los pinos de la llanura y el silencio litúrgico; los cirios encendidos y los días fríos de abril; las noches temblorosas de emoción y los desfiles de los hombres pecadores; los «pasos» iluminados y los rezos colectivos de las compactas multitudes; las lágrimas en las mejillas o el rocío en las palmas del Domingo de Ramos... Todo se me representa inmensamente pequeño a pesar de su belleza, ante la grandeza única y divina del misterio que se conmemora: la muerte del Hijo de Dios, para salvarnos y para dar una explicación satisfactoria a eso que atormenta mi alma igual que tortura la vuestra: el sentido fundamental del dolor y del pecado del amor y la esperanza».

El reto es pasar a un nuevo planteamiento de estas celebraciones: de una organización externa municipal, a la asunción por las cofradías de su pleno protagonismo, sin interferencias artificiales añadidas por el tiempo y que curiosamente suponía romper con una tradición arraigada en este último siglo. Estábamos tratando de recomponer toda una situación que permitiera mantener en la calle nuestras singulares procesiones con el realce y el vigor de siempre; logrando una cooperación leal entre las instituciones civiles y eclesiásticas en la que la intervención de Don Gabriel fue esencial. En este ambiente se promueve la Junta Local de Semana Santa que, después de unos primeros pasos balbuceantes, temerosos y llenos de dudas, logra por la dedicación de sus hombres un pleno y legítimo protagonismo, presidida en estas últimas y decisivas décadas por la persona que cesó en esta máxima responsabilidad después de asumirla durante muchos años: Fernando del Olmo; realizando una ejemplar labor de equilibrio y responsabilidad histórica que Medina de Rioseco agradece con mayúsculas.

Es necesario, en este momento de mi pregón —que es más una reflexión entre nosotros— destacar la labor que en pro de nuestra Semana Santa, como proyecto común, realizan personas anónimas, representantes de las cofradías de forma altruista y totalmente desinteresada, al servicio de todos nosotros. Con sus manos, sus mentes y su dedicación tallaron con mimo, restauraron, limpiaron, mantuvieron e impulsaron todo aquello que durante siglos en lo organizativo se fue acuñando como costumbre o innovación. La tarea no fue fácil. Nuestras procesiones, cargadas antaño de individualismo, caminan hoy con el sentido de una obra común de todos como protagonistas, en las que se superan con tino y tacto tensiones, nervios e inquietudes, que es lo propio de estas celebraciones. El nuevo presidente, que tuvo en este acto su primera intervención, enmarcando este pregón, tiene una tarea de futuro importante: dirigir con pulso firme estas celebraciones hacia el año dos mil, para lo cual debe recibir, sin regateos, nuestro

apoyo y nuestra entusiasta cooperación, de tal forma que, cuando surja la inquietud y el desaliento, consigamos transformarlo con ilusión renovada en un proyecto común de futuro que compagine esta forma propia de manifestar la fe y el entusiasmo religioso que los nuevos tiempos demanden, con fidelidad a una inequívoca y permanente adhesión a la tradición durante siglos.

El marco ideal para acoger unas celebraciones de este carácter son nuestras calles y plazas, paisaje urbano esencial que se encuentra ahora en algunos lugares del recorrido en grave convulsión, y cuyo mejor ejemplo es nuestra Calle Mayor: ese corredor al que se llega franqueando puertas centenarias de Ajújar de Zamora o de las Nieves y la de San Sebastián, que son el encintado clásico del casco histórico de una Ciudad abierta siempre de par en par. Interior de una población e itinerario obligado que define en lo esencial la razón de ser del Corro de Santiago, Calle Mediana, Corro de San Miguel, Rúa Mayor, Plaza Mayor, Lienzos, San Buenaventura, Misericordia o Estudios; itinerarios perfectos en los que, por sorpresa y como por encanto, imponentes y majestuosos, aparecen nuestros templos riosecanos, que dan y siguen transmitiendo la auténtica medida de la impronta artística de esta Ciudad, en la que, como los distintos pasos procesionales, compiten en sana belleza los bellos pilares de la Iglesia de Santa María, que rematan sus simples bóvedas estrelladas, con los espectaculares de la Iglesia de Santiago, que cierra en las suyas ese ejemplo de palmeras multicolores con tema jacobeo, o el simple trazado de San Francisco, templo severo en lo esencial que transmite intensidad y trascendencia en la linterna del cruce, con un despliegue de vanidosos adornos y emblemas funerarios, o el trazado limpio de Santa Cruz, que espera en su andadura final dar nueva proyección a su inmensa nave de medio cañón, en ese museo permanente que la Ciudad necesita sin más dilación.

Estos perfiles de la Ciudad en su atardecer o en la noche son una escenografía perfecta que tenemos que mantener como algo vital, como el corazón que impulsa a toda la Ciudad, porque define nuestra identidad como pueblo en lo esencial y, al llegar estas celebraciones, es esa escenografía perfecta del rito de nuestras procesiones. Actualizar y al propio tiempo salvarlas es el reto de todos los tiempos; mantener lo que se pueda del pasado e interpretar con fidelidad y sin paternalismos, es la responsabilidad acentuada en el momento presente, aprovechando criterios y elementos de nuestra arquitectura tradicional, valores todos que contribuyen a mantener nuestra personalidad como Conjunto Histórico. Bien es verdad que las ciudades son un continuo hacerse, pero todo se apoya en lo anterior.

Esta incomparable estructura urbana es tarea a defender y salvar como algo propio y personal. Rúa Mayor, Román Martínez, Plaza Mayor... ¿Es

posible concebir un cartel de nuestra Semana Santa, como el de este año, sin el marco señero de la calle que le enmarca? ¿Somos capaces de pensar por un instante que esa calle que tiene que edificarse incluso en los vuelos de los balcones, pensando en la anchura de los pasos grandes, pudiera algún día desaparecer?

Medina de Rioseco, la esencia de su paisaje urbano y de sus invariantes arquitectónicas, ha de salvarse tesoneramente. Esa ha de ser la base de actuación defendida por todos para seguir avanzando en un desarrollo de la Ciudad de hoy, fiel a su identidad de siglos.

Para esta Ciudad de hoy, los más importantes escultores de la España de los siglos XV, XVI y XVII —Juan de Juni, Berruguete, Bolduque, Gaspar Becerra, Tomás y Pedro de Sierra, y tantos y tantos más— nos legaron los grupos escultóricos sin iguales que son, durante el año, objeto de culto de nuestras cofradías, y que el Jueves y el Viernes Santo procesionan con su fe profunda y con orgullo los hombres y mujeres de esta Ciudad.

Tradición histórica que iguala desde tiempos inmemoriales estas celebraciones, estas procesiones, en pie de igualdad con las más afamadas de España. Los caminos para llegar a Dios, desde la intimidad personal, son muchos. Mi acercamiento a nuestros desfiles procesionales, lejos de toda pompa o parafernalia, lo trato de efectuar sin efectismos, y así creo que lo debemos transmitir, impulsando sencillamente el ánimo de diálogo con la imagen que se venera y representa tantos misterios de fe, siguiendo y asistiendo a los mismos con toda la humildad.

Cuando las personas —hombres, mujeres, niños y niñas— esperan el Jueves Santo durante horas la salida de nuestra procesión de la majestuosa Iglesia de Santiago, para hacerte pensar, basta con escuchar y observar sus actitudes. Y es que todos se manifiestan desprovistos de prejuicios. Sin duda alguna, esos caminos que te acercan a Dios —a los que antes aludía— están, por muchas razones, en una de estas personas, que observan con cariño cómo van apareciendo los distintos pasos procesionales con alardes humanos de pulso y habilidad, adobados con la música adecuada. Yo estoy seguro de que transmiten un imponente espectáculo de piedad y belleza, desprovisto de aditamentos innecesarios, que produce beneficios claros en lo humano y en lo espiritual a quienes protagonizamos la representación y a quienes lo reciben como espectadores.

La Oración del Huerto, que nosotros llamamos La Rosa; La Flagelación, que el pueblo denomina como «los azotes»; Jesús atado a la Columna, que cariñosamente llamamos «eccehomico»; el Ecce Homo al que identifi-

camos como Pilatos; Jesús Nazareno de Santiago y Santa Cruz, La Desnudez, La Pasión, La Dolorosa..., desfilan hoy, como ayer, comprometidos en santa hermandad, liquidando en plena identidad y en concordia todas las diferencias de cultura, de estado, de fuerza de espíritu, cuidadosamente trasladados, escoltados en orden o en singular desorden por los hermanos y hermanas que no cargan. Sonido de tapetanes, clásico y puro en su expresión, que se mezcla cada vez más intensamente con el ruido del tambor, las trompetas o la música de las bandas y el retumbar recio de las horquillas de los que cargan los pasos, que impactan con fuerza en el pavimento; y todo ello aderezado con el rumor confuso, persistente y discontinuo. Pasar de la procesión, que se inicia en el singular marco de la calle Mediana, y que, desde este momento, recorre todo ese itinerario tradicional, tantas veces plasmado para la historia en las primeras fotos de la Semana Santa riosecana.

Este bellissimo conjunto de pasos, siempre tan exaltados y de los que los riosecanos nos sentimos legítimamente orgullosos, están concebidos para impulsar nuestra piedad, el arrepentimiento, la identificación con los dolores del Salvador de la Humanidad y que para mí muestra limpiamente en las espaldas talladas de la Flagelación o en las brutales y escandalosamente delicadas del Ecce Homo. Transcurrir de la procesión, pasando lentamente, con influencia directa del tiempo que cada año acompaña a nuestras celebraciones: frío o calor, nubarrones, agua o nieve —que de todo tenemos en la memoria, y que cualquier cadena que se precie, al dirigir el paso, ha de tener presente a la hora de establecer los posos de los pasos, evitando en el cruce de calles corrientes de aire a los compañeros de carga—. Itinerarios de la sencillez, de la autenticidad, de la fidelidad a una tradición popular enraizada en la entraña del pueblo con esfuerzo y muchas veces con dolor porque queremos ofrecer a Dios, al menos una vez al año, nuestro pequeño o gran sacrificio —que cada cual sabrá mejor en su intimidad lo que le cuesta— aplicado a esto o a aquello que nos preocupa o nos preocupó durante el año; ofrendas nunca reveladas que quedan en el corazón de cada cofrade.

En esta procesión inigualable del Jueves, en la que cada uno en lo personal tiene ante el Señor su papel —de Cirineo o de Pilatos, de limpia desnudez de sus faltas o de flagelación oculta—, nosotros, los hombres de las cofradías y el público —casi esencialmente propio—, culminamos este recorrer por calles y plazas, en el gran encuentro de la noche, ante la fachada majestuosa de la Iglesia de Santiago. Los ojos y sus miradas se centran en la contemplación de la Dolorosa de Juni que, a través de su inmenso dolor y de la serenidad de su expresión, nos permite entrever, al culminar la procesión y cantar nuestra salve popular de cierre, la síntesis del amor a la figura suprema de la Madre de Dios de un pueblo —el nuestro— austero y respetuoso, lleno de sencillez y sin alardes de ningún tipo. Un pueblo que a estas horas de la noche, solo, en su casa, desaparecido el bullicio, los visi-

tantes y los curiosos sin más, está a solas con lo auténtico. Recuerda el dolor de María y, en silencio, exclama: «Madre y Señora mía, enséñame a pronunciar un sí que, como el tuyo, se identifique con el clamor de Jesús ante su Padre: no se haga mi voluntad sino la de Dios». Y, cuando ve depositar los pasos en el interior del templo, sobre los banquillos, transmite casi en la intimidad al más próximo un «hasta otro año, si Dios quiere». Síntesis lacónica que trasciende a cada historia personal, a cada madre presente, a cada esposa intranquila, a cada novia preocupada y a cada hijo que marcha, nada más terminar, a su lugar de residencia habitual. Síntesis, en suma, que sella una devoción que asombra por su capacidad y que permanece custodiada durante todo el año escrupulosamente.

El espíritu de nuestro pueblo se cimenta en una especie de «sentido común teológico» que no hay que confundir con la fe del carbonero del dicho popular, sino identificar con la solidez de una fe auténtica, siempre espiritual, informada por la caridad y la entrega que nos vienen caracterizando desde hace siglos. Conscientes de la excelsitud de la misma y de su papel para que todos nos ayuden en nuestras vicisitudes del día a día como lo que en realidad somos: hermanos; seres humanos que entendemos de delicadezas humanas de amor humano, que trasciende a lo divino sin aspavientos; que valoramos el arte y la belleza de nuestra imaginería unido a la vida misma, asentada sobre el sacrificio y la fe a la que me refiero, tan necesaria en el mundo que nos ha tocado vivir, de tránsito hacia un nuevo siglo, con tantas inquietudes, incertidumbres y angustias. Vosotros y yo sabemos que, quizás muy elementalmente, todos los cofrades «creemos en Dios» y pretendemos imitarle en esta tierra nuestra con laboriosidad, con abnegación, con honradez profesional, con sentido del servicio a los demás e incluso de desprendimiento de los «intereses personales».

Este es el espíritu con el que se culmina la procesión del Jueves y con el que se preparan las celebraciones del Viernes, comenzando por la mañana con ese encuentro con el Cristo de la Clemencia que, en silencio o en Vía Crucis, se acerca a la Iglesia de Santa María, catecismo hecho madera que nos enseña a amar, con defectos numerosos pero con sinceridad. En este encuentro en Santa María vamos a decirle al Señor que nos mueve su dolor; que, por sus siete palabras, la Ciudad de los Almirantes de Castilla sabe que el que era y sería Dios —porque existe y existirá siempre y es nuestro futuro, nuestra esperanza y nuestra Vida— ha sufrido por nosotros y por todos los que estamos aquí, e incluso por los que no creen en Él.

Cuando el pueblo nuevamente se concentra masivamente en la tarde del Viernes en Santa María, con esa misma actitud, a veces sin darnos cuenta, vamos a rezar a Cristo. Y hasta es posible que, a solas con Él clavado en

a cruz, «se te vayan las lágrimas a los ojos. No te domines. Pero procura que ese llanto acabe su propósito». Él vino al mundo sencillamente a trabajar como uno de nosotros, a enseñarnos a amar de verdad con obras. Fiel al espíritu grande y sencillo, hasta elemental, pero sublime, yo quiero recordar como testimonio el ejemplo que hace unos días nos dio un hermano nuestro del paso de la Crucifixión que se nos fue para siempre: una de esas caras, una de esas almas que, cuando se abran este año las puertas de nuestros pasos grandes, no veremos más: Bernardo Macón que, antes de dejarnos, con una inmensa paz, nos dio —como digo— una lección de inmensa trascendencia espiritual por su sencillez. Al ver próxima su muerte, rodeado de atenciones de su «casa» —como le gustaba llamar a la Residencia de Ancianos— pedía, al ver cerca su partida, tener a la vista su túnica y su medalla, para que, llegado el momento de desfilar ante el Señor, estuviera la una bien planchada y la otra bien limpia, como exige la norma más elemental de nuestros hermanos. Ejemplos de estas personas sencillas, en las que su devoción al paso marca sus vidas, son el mejor ejemplo para nosotros en orden al sentido y la actitud ante la Semana Santa y la influencia en nuestras vidas de un acontecimiento que nos debe hacer pensar. Este será un caso —no lo dudo— entre cientos, que hoy trasciende por la indiscreción que yo cometo en este Pregón, pero de los que, en su inmensa mayoría, pasan desapercibidos. Los que nos apiñamos desde siempre en este corro de la vida, en este corro de Santa María, no estamos para pasar el rato o ver el espectáculo. Nosotros estamos pendientes de un hecho trascendental que se renueva año a año, como una gran plegaria colectiva, y prestando los aplausos unos, los brazos y los hombros otros, y los corazones y las mentes todos para que nada falte en esta conmemoración; para que todo se cumpla milimétricamente, sin tergiversación de nuestros limpios propósitos y sin alardes de fuerza que no sean los que se identifiquen con el sentido cristiano de la lucha limpia y la autenticidad que se eleva a pulso, al igual que nuestros pasos en esta tarde inigualable del Viernes Santo en Medina de Rioseco.

Esta es la base real de lo que algunos llaman «espectáculo singular de los pasos grandes», mitificando algo trascendente, pero en la intimidad, impulsado por la marcha singular de la Lágrima para este acontecimiento. Riosecanismo impresionante de sacar El Longinos y La Escalera por su ceñida puerta, y que a mí me gustaría definir como la síntesis plástica más espectacular, pero igual de trascendente en lo espiritual que lo que hacen cientos y cientos de hermanos en las demás hermandades y cofradías, al sacar cada uno de sus pasos. En este momento que tantas veces he vivido de forma directísima, en que unos y otros, a la par, conseguimos sacarlo conforme a un arte, como si las grandes moles no pesaran, uno se siente alentado y reforzado por todos, incluso cuando las fuerzas flaquean al rozar la cruz del Longinos o el Codo de José de Arimatea en el dintel de la puerta. Y aun en momentos críticos que todos recordamos en que, como ángeles des-

de el Cielo, parece que llegaran a intervenir los que nos precedieron en tan singular tarea.

El Corro de Santa María tiene dos planos perfectamente marcados: uno, en el que la dimensión de la Capilla engrandece el volumen de los pasos procesionales de la Crucifixión y el Descendimiento, y otro, en el que la majestuosidad de la simpar Iglesia de Santa María parece empequeñecer la imponente imaginería castellana que representan los pasos que de este templo salen con el fin de formar la gran procesión de este día. El Cristo de la Paz, los Afligidos, la Piedad, el Santo Sepulcro, la Soledad..., que se abren paso entre un gentío que se agolpa en torno a los hermanos de las distintas cofradías. Son instantes de contrastes, pero ungidos del mismo espíritu.

De esta forma tan directa, en ese contacto entre el público y los hermanos, los que cargan y los que alumbran, uno empieza a descubrir la desmitificación más grande de este momento, casi siempre descrita por estereotipos que se mantienen año a año. Los hombres que hacen posible el milagro de esta procesión del viernes son hombres del siglo XX, que proceden de las más variadas y diversas profesiones y que llegan de toda la geografía nacional —e incluso del extranjero— a cumplir un compromiso de honor. Y lo mismo los que sacan los «pasos grandes» que los que portan el conjunto de inigualables tallas que completan tan singular procesión.

Casi sin darnos cuenta, con más lentitud de lo que fuera de desear tanto para los de dentro como para los de fuera, la procesión se organiza e impulsa en su desarrollo a la gente a concentrarse en el escenario familiar de la Calle Mayor. Es el momento en que la procesión es más manifestación; es rito; es encuentro, desde el soportal al balcón. Son instantes de intensa vitalidad popular, protagonizados de forma exclusiva por nuestras hermandades y cofradías, en los que se crea un clima peculiar, mezcla de espectáculo, de rivalidad, de escenografía, de teatralidad... Si consigue aislarse en este ambiente, a uno le gusta recordar esas paradas tradicionales a la puerta del hermano que tiene su casa en el recorrido, cerca del balcón del hombre o la mujer enfermos que solicitan para poder rezar al paso de su devoción. Uno prefiere, ahora que no carga, llevar los ojos bien abiertos debajo de la careta y contemplar, mientras desgrana alguna oración, los rostros de tantos y tantos conocidos que cada año están presentes para acompañar a nuestras incomparables procesiones con sus recuerdos y anécdotas acumuladas por los años. Son estos los momentos más importantes desde el ángulo de la vibración popular, de la participación en masa del pueblo, de la expresión espontánea, de tocar la tradición que permanece inalterable y viva desde hace siglos.

El discurrir pausado por la calle permite nuestro diálogo directo y personal con la talla de nuestros amores, que nos sirve de intermediaria para acercarnos al misterio de la Pasión y Muerte del Hijo de Dios. «El Maestro pasa, una y otra vez, muy cerca de nosotros. Y nos mira... Y si le miras, si le escuchas, si no le rechazas, Él te enseñará cómo dar sentido sobrenatural a todas tus acciones... Y entonces tú también recibirás, donde te encuentres, consuelo, paz y alegría». Y de este modo, con nuestra conducta sincera y alegre, nos opondremos a ese mundo paganizado, hedonista y laicista que nos ha tocado vivir, y que llega incluso a contagiarnos en el día a día.

Abstraído con estas y otras reflexiones y por unas u otras imágenes que te asaltan en el transcurso de la procesión, llegas casi sin darte cuenta a otro lugar que altera todo comportamiento en la marcha de la procesión: el de la rodillada en el Arco de Ajújar, sumisión y alarde ante Nuestra Señora, y último piropo para encarar el tramo final de la procesión, a su paso por Santiago, y acelerar hasta la extenuación en la empinada Calle Mediana, momento cumbre de suspensión de los relevos que se sucedieron durante el recorrido; instantes en los que, nuevamente, la composición del paso —de los hermanos que cargan— se tiene que corresponder exactamente a los que reglamentariamente y por orden riguroso de lista fueran los protagonistas en estas procesiones próximas a concluir.

El Viernes, al igual que el Jueves, es la hora de estar en familia. Ahora en el Corro de Santa María, es el momento de esperar con inquietud, superado el momento de meter los pasos, a que descansen sobre sus banquillos; de exclamar, tras concluir con idéntico rito y semejantes dificultades que al sacarlos, un «misión cumplida; hasta el año que viene, si Dios lo quiere»; y de rezar, como al salir, un «padrenuestro» con lágrimas en los ojos y el alma encogida.

Las tinieblas del Viernes preparan el alba de la mañana gloriosa del Domingo. En el sepulcro obtiene Nuestro Señor la victoria sobre la muerte, que culmina en el triunfo definitivo de la Resurrección, y la Cruz deja así de ser un patíbulo de ignominia y afrenta y se constituye en el polo de atracción para la humanidad pecadora y en el remate del Reino de Dios en la tierra que acaba de instaurarse. La reacción del pueblo ante esta celebración es todavía más tímida. La procesión del Encuentro mantiene unos niveles de popularidad íntima, local, casi de ámbito parroquial, sencilla y auténtica, protagonizada por una cofradía que sostiene con gran dignidad el momento en que la Virgen de la Alegría es despojada del luto tras su encuentro con el Hijo vuelto a la vida, en el marco siempre tradicional de nuestra Rúa Mayor. Es una festividad, en suma, de tránsito en lo personal, de puente hacia la vida ordinaria que continúa, en plena normalidad. Para los creyen-

tes es el tiempo de abandonar las viejas conductas y comenzar una vida nueva que informe la figura de Cristo Resucitado.

El pregonero, según la Real Academia de la Lengua, tiene como misión «divulgar una cosa que se ignora». Pero tal ignorancia, formalmente, sabéis que, gracias a Dios, es materialmente imposible con respecto a nuestra Semana Santa. Los grandes medios de comunicación difunden con gran profusión en estos años nuestras manifestaciones, bien de manera directa, bien integradas dentro de distintos aspectos de campañas de ámbito provincial o regional que impulsan las Instituciones, invitando así a visitarlas y conocerlas. En mi pregón he tratado de profundizar en la «intimidad» de las mismas desde las vivencias acumuladas durante años y años y que, esquemáticamente, he tratado de transmitirlos. Los años pasarán y en el transcurso de los mismos será, sin duda, necesario retallar con la gubia de nuestro amor, restaurar con mimo lo accidental, profundizar en lo auténtico y poder así legar, a los que continúen la labor, esta obra de arte singular que es nuestra Semana Santa, guiada por actos de amor y entrega sin límite de todos los riosecanos, con el mismo estilo que hace siglos, usó el riosecano Bolduque para tallar esta maravillosa imagen del Cristo de la Clemencia que, con sumo acierto, quiso la Junta de Semana Santa que presidiera este pregón. Un pregón que, para mí, en todos los órdenes será inolvidable.

Muchas gracias por vuestra atención.





Centro Iniciativas y Turismo «Ajújar»